

## Prólogo

### RECUPERANDO EL ESPÍRITU MACBRIDE

Los conceptos de comunicación y desarrollo han estado ligados en todas las teorías de comunicación conocidas en el mundo desde 1946. Junto a esos dos conceptos aparece siempre la cuestión de la planificación necesaria para llevar a la práctica las políticas de comunicación. Si se toma el paradigma norteamericano, se sigue fácilmente que la multiplicación cuantitativa de los medios de comunicación produce, por sí sola, el desarrollo. La comunicación actúa aquí de núcleo vertebrador del proceso de modernización. Durante varias décadas fue esta línea teórica la que presidió las investigaciones y la aplicación de modelos comunicativos y tecnologías, con la colaboración de la UNESCO, convertida en esos años en una formidable plataforma de las ideas de Schramm, Lerner y Pye, entre otros.

A partir de 1970 el viejo paradigma empezó a ser cuestionado. Las nociones de comunicación y desarrollo, en el plano teórico, dieron un giro de 180 grados con respecto a las viejas teorías. Se adoptó otra noción de desarrollo, y por añadidura otra noción sobre la función de la comunicación en su proceso. La nueva situación de las relaciones internacionales y el acceso de muchos países del Tercer Mundo a su independencia política, trajo al campo de la comunicación las reivindicaciones de un sistema internacional de comunicación que no funcionara en un solo sentido, así como las nociones de desarrollo endógeno y tecnologías apropiadas. La comunicación empezaba a concebirse como un derecho. Fueron los años de la UNESCO *pro-*

*gresista*, la de los debates en torno al *Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación* (NOMIC).

La ONU y la UNESCO de hoy, están en el mismo punto en que se encontraban en 1947 (fundación de la UNESCO) y 1948 (primera *Conferencia sobre Libertad de Información*): a los pies de la primera potencia mundial. El *nuevo orden postguerra del Golfo*, facilitó la labor de derribo de la UNESCO progresista que con tanta tenacidad como servilismo llevó a cabo Federico Mayor Zaragoza, urdiendo una *nueva estrategia de la comunicación*, que significó el regreso a los principios liberal-capitalistas. Los Estados Unidos se sirvieron políticamente de la UNESCO y de la ONU hasta comienzos de los años setenta. Sus principios fueron asumidos como propios gracias a la mayoría mecánica con la que contaban. Cuando esa mayoría cambió y aparecieron en los programas los términos de «política de comunicación» y «nuevo orden mundial», se acusó al Tercer Mundo y a la URSS de haber politizado la UNESCO y se recurrió al abandono como forma de quebrarla. Mayor Zaragoza hizo el resto.

La concepción del desarrollo basada únicamente en el crecimiento no tomaba en consideración las situaciones de dependencia de unos países con respecto a otros. En el campo de la comunicación, la dependencia se traducía en un sistema de circulación unidireccional, y en el reducido número de países fuentes. Una característica fundamental del sistema mundial de información es que la propiedad, la estructura, la distribución y el contenido de los medios de comunicación de un determinado país (tomados uno a uno o en su conjunto) está sometida a considerables presiones externas por parte de los intereses de los medios de otro(s) país(es), sin un intercambio recíproco de influencia por parte del país afectado o dependiente. Esa situación se mantiene hoy.

La falta de reciprocidad en el intercambio determinó (entonces y determina hoy) dos elementos nuevos: el problema de la invasión cultural y del desequilibrio de los recursos, entre los países centrales y los periféricos, en tanto que esa consideración del funcionamiento del sistema internacional de comunicación es inseparable de la consideración global de las relaciones internacionales. La unidireccionalidad y el número de países fuente identifican las relaciones entre los

distintos sistemas de medios y su situación contextual en la evolución histórico-política e histórico-económica de las últimas décadas.

En situaciones de dependencia, los medios de comunicación cumplen el papel de vertebradores del proceso de modernización (desde la óptica del centro); o el de causantes de un creciente subdesarrollo, o en palabras más ortodoxas, de un *desarrollo dependiente* (desde la óptica de la periferia).

Para los impulsores de la modernización (antes y ahora), el papel de la comunicación es tan importante como para los críticos de esta teoría. La diferencia está, precisamente, en el modelo de desarrollo que se desea. Frente a la concepción de los medios de comunicación como herramientas de la expansión del mercado, o elementos impulsores de la modernización, promotores de la educación (incluso sin necesidad de alfabetización), una concepción del papel de la comunicación y el desarrollo debe contener, sobre todo, la noción de participación y de la satisfacción de las necesidades del hombre en todos los terrenos. Frente a desarrollo basado en el crecimiento, debe hablarse de *desarrollo integral*.

El desarrollo debe ser entendido como algo más que un mero proceso de cambio económico, de modo que los avances de los pueblos dejen de medirse en términos de capacitación profesional y de tecnología. Así, el *Informe MacBride* señaló cómo hasta esa fecha se había ignorado un hecho fundamental a la hora de difundir masivamente la tecnología: la particularidad de las estructuras propias de cada país, y de la vinculación que ese mismo país tiene con el sistema internacional. Los defensores de la modernización ignoraban tal cosa, a pesar de que, si bien para los países industrializados la aplicación de tecnologías de la información se produjo después de la revolución industrial, en los países dependientes se enlazaron las dos revoluciones.

Los economistas y los sociólogos miden el desarrollo según índices abstractos tales como el Producto Nacional Bruto, el ingreso *per capita* o la *esperanza de vida*. Pero, conscientemente, el hombre medio valora el desarrollo de una nación según las defensas que éste ha sabido erigir contra los eternos enemigos del hombre: la ignorancia, el hambre y la enfermedad.

La imitación del modelo occidental de desarrollo, en el que la comunicación se centraba en hacer ver los *sacrificios y los beneficios futuros*, suponía la propagación de las prácticas occidentales en materia de comunicación, a veces exageradas, simplificadas y asimiladas a las técnicas de publicidad. El resultado fue desolador: ese modelo redundó en beneficio de los que ya eran beneficiarios en la comunidad, y muy poco en los sectores marginales. No se colmó el abismo que separaba a los ricos de los pobres. De aquí que el Tercer Mundo cuestionase ese modelo de comunicación unidireccional, en el que las necesidades fundamentales del hombre, la distribución equitativa de las riquezas, la mejora de la calidad de la vida, la participación de la población en la toma de decisiones, el uso apropiado de las tecnologías, etc, quedaban subordinadas a los intereses comerciales y políticos de los dominadores de ese modelo de comunicación. Es precisa una comunicación distinta para un desarrollo distinto. Internet, tampoco está contribuyendo a resolver estos problemas.

La comunicación no puede jugar solamente un papel multiplicador en los procesos de desarrollo, independientemente de la estructura social en que se aplican. Mantenemos que las actividades y sistemas de comunicación social como tales constituyen una condición necesaria, pero no suficiente, del desarrollo. Los efectos de aplicar los avances tecnológicos en una estructura social determinada no pueden ni concebirse ni medirse en función del mayor o menor grado de contribución a la expansión del mercado o al proceso general de modernización.

Para que la información sea democrática debería comenzarse por redefinir las funciones de la comunicación en las sociedades nacionales. Y aquí hay que empezar por entender que es preciso que los Estados —o sea, *lo público*— inviertan el proceso de desregulación y privatización de los medios de comunicación.

El papel del Estado no significa, como se pretende ahora, que éste controle al cien por cien la estructura nacional. De lo que se trata es de que el Estado actúe como ente regulador de la democratización de la comunicación. En otras palabras, el papel de la acción estatal es el contrario del que le asignan sus críticos: formular y llevar a la práctica políticas de comunicación que garanticen la democratización, de

forma que la comunicación se erija en elemento de desarrollo. Por otra parte, la idea de un sector de comunicación y de una información estatalizados desaparece al considerar un nuevo elemento, que resulta clave: la participación.

No es concebible una comunicación democrática sin que ésta contemple la participación popular a todos los niveles, tanto en los planos nacional e internacional, como en el ámbito más reducido de la esfera local. Desde el momento en que planteamos la necesidad de un profundo cambio social, el problema de la participación veraz y efectiva se nos presenta como condición imprescindible para que el desarrollo no quede frustrado. Al sostener que la democratización de la comunicación implica un nuevo flujo horizontal y equilibrado de información, hemos criticado explícitamente el modelo unidireccional, precisamente por ser un modelo no participatorio. La comunicación participada, o participativa, es en sí misma un elemento de profundo cambio en ese sistema de circulación. La interacción social, a través de un intercambio equilibrado de noticias, de experiencias, de valores, encaminada hacia el desarrollo integral, es inseparable del flujo horizontal y equilibrado, y tal cosa sólo es posible procediendo a una distribución equitativa de los recursos, de forma que todos reciban información, pero todos —a su vez— pueden convertirse en emisores.

Además, hay que diferenciar entre *acceso* y *participación*, definiendo el acceso como la facultad que tiene el público de acercarse a las estructuras de comunicación; y la participación como el involucramiento del público tanto en la toma de decisiones, como en la producción y difusión de los mensajes.

En conclusión: Las actividades de "comunicación para el desarrollo" en las que el Estado juega un papel fundamental, no constituyen en modo alguno una amenaza para el libre flujo de la información. Antes bien, son una condición necesaria para que ese libre flujo sea realmente democrático. La introducción del concepto de participación en el proceso de comunicación, contempla precisamente una correcta consideración del viejo principio, en tanto que implica la concepción de la comunicación como un derecho humano fundamental: *el derecho a comunicar*.

Bebiendo de estos planteamientos, Francisco Sierra nos presenta en esta obra un valioso análisis que completa sus investigaciones anteriores sobre comunicación, educación y desarrollo. Aunque la bibliografía sobre este tema es abundante, este libro presenta, por primera vez, un minucioso estudio sobre la educación del que otros trabajos carecen.

Sistema educativo, sistema de medios de comunicación y tecnologías, se encuentran inscritos en la lógica de reproducción capitalista y a ella se deben los contrastes entre el centro y la periferia del sistema internacional. Hoy, asistimos a un avance tecnológico rapidísimo que parece habernos llevado a la antesala del paraíso. Globalización significaría entonces el fin de las diferencias y el fin de las ideologías críticas que, desde Marx, han analizado los complejos mecanismos de funcionamiento del sistema capitalista. Mercados financieros y tecnologías de la información nos habrían hecho más libres en este juego nuevo con normas nuevas, que no necesita del materialismo histórico para entenderlo, puesto que la historia se ha roto: estamos en una sociedad distinta. Fukuyama, Bell, Toffler, Negroponte y McLuhan deberían ser elevados a los altares, al tiempo que los Schiller, Chomsky, Golding, Murdock, etc, deben ser relegados al Jurásico de la Academia.

La gran virtud de este libro es señalar que la tecnología ha sido históricamente utilizada de forma autoritaria y que se podía haber utilizado precisamente al contrario si se hubiese puesto por delante el derecho de los pueblos a su propio desarrollo (sin dependencias) y se hubiese entendido que la educación, la cultura y la información son palancas formidables para conseguirlo. El hombre es libre en proporción directa a su educación, su cultura y su información. Lamentablemente la historia nos demuestra que cada innovación tecnológica se ha usado para dominar y no para compartir.

Paradójicamente —señala Sierra— los discursos sobre la expansión y el crecimiento de las autopistas de la información, traen también consigo promesas de igualdad y de democracia en el acceso al saber y al conocimiento universales de la mano de un movimiento privatizador, cuya promesa primordial resulta en realidad excluyente, al girarse sobre todo por la pauta de la explotación económica con

fines comerciales en el uso de las nuevas redes. Los Estados están desarmados y en la cúpula de la industria de la comunicación (más concentrada cada día) aparecen las grandes entidades financieras. Mientras, se sigue transfiriendo tecnología a los países en desarrollo, pero no se les permite el acceso al conocimiento que ha permitido el avance tecnológico, amén de que nunca disponen de tecnología puntera. Dice Negroponte que hay que llevar Internet a la última aldea de África y África se desarrollará. Este libro demuestra magistralmente que para ello es preciso un cambio estructural en las relaciones económicas internacionales. Hay que recuperar el *espíritu MacBride*. Hay que volver a apostar por un Nuevo Orden Económico Internacional y por un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación. Hay que levantar de nuevo las banderas de la utopía nacida en la UNESCO progresista de los años setenta: la comunicación y la educación como derecho. Información y educación para la libertad es un lema infinitamente más rico y sugerente, que los manidos tópicos liberales de libertad de información y de libre flujo de la información. Tópicos que no valen sino para justificar, envueltos en la bandera de la libertad, las diferencias, la miseria de los pueblos y su ubicación dependiente en un sistema rapaz por definición: el sistema capitalista.

Quiero terminar con un recordatorio que es al tiempo un *Aviso para Navegantes*. En su *Teoría de la Radio*, Bertold Brecht decía: «si usted piensa que esto es utópico, le ruego que reflexione sobre porqué es utópico.»

Fernando Quirós  
Profesor de la Universidad Complutense de Madrid  
Madrid, febrero de 2001